

Entre miedos, peligros y esperanzas nunca renunciamos a la posibilidad de volver a vernos

IIOlver Quijano Valencia
oquijano@unicauca.edu.co / Universidad del Cauca, Colombia

Y de pronto, la sociedad paró, la tierra respiró y la fragilidad humana se hizo evidente y hegemónica. También el miedo, la incertidumbre y la tristeza salieron a la superficie para acompañarnos en este necesario, forzado pero sugerente regreso a casa. Demasiadas inquietudes nos asisten, esta vez sin el determinismo y las acostumbradas certezas de una sociedad científicista, sobreinformada, tecnologizada, hiperconectada y globalizada, pero aún sin aprendizajes acerca del carácter finito de la existencia y del planeta como nuestra gran casa.

La presencia de plagas, virus, pandemias y enfermedades en la historia de la humanidad ha sido una constante, muchas veces explicada por la ira de los dioses y como castigo por la perversidad comportamental del hombre. Desde la Antigüedad hasta nuestros preocupantes días, una multiplicidad de epidemias y pandemias de gran envergadura y complejidad han impactado y puesto en tensión la vida cotidiana. La peste negra, la viruela, la gripe española y el sida, entre otras, sobresalen en este largo listado, el cual se actualiza con el Covid-19.

Ciertamente, de vez en cuando, diversos patógenos han derivado en pandemias mundiales como si quisieran llamar la atención sobre la arrogancia y frivolidad del ser humano en su intento por subordinar todo a su voluntad. El mundo recuerda la peste negra como una de las pandemias más trágicas y devastadoras acaecida en el siglo XIV, causante de 200 millones de víctimas en Europa. Asimismo, la gripe española de 1918 concebida como una pandemia fatal, mató aproximadamente 50 millones de personas. Lógicamente, se trata de tiempos, escalas y escenarios radicalmente distintos al mundo contemporáneo, asistido por una significativa evolución científico/técnica, por una “gran” disposición de recursos sanitarios, mayores recursos al servicio de la salud y el bienestar social y, presuntamente, por una mejor dotación institucional para enfrentar esta nueva posibilidad de devastación económica y social.

El mundo sigue enfrentando esta interminable e histórica batalla contra las epidemias y pandemias, claro está, con la seguridad de que no se trata de la última. Lo que sí es evidente y preocupante es el predominio y posicionamiento de gobiernos y de un sistema económico/financiero que desprecian la vida e impone una suerte de clasificación social, pauperización, racismo, xenofobia y entre otros aspectos, medidas autoritarias que buscan hacer del estado de excepción una norma cotidiana y una forma de gobierno. En este sentido, el confinamiento y/o aislamiento social coincide con políticas y prácticas de conducción de la conducta y de configuración de una ciudadanía despolitizada e insolidaria.

La apelación a asuntos como la excesiva individualización y descomunalización propiciada por regímenes neoliberales en su intento de dismantelar la asociatividad, la generosidad y la solidaridad de nuestros pueblos, en esta coyuntura se materializa gracias a este nuevo estado de excepción y a esta suerte de campo de concentración y vigilancia digital. Otro de los peligros de esta situación tiene relación con la interiorización y asunción de la limitación de las libertades públicas o de la naturalización/normalización de la excepcionalidad en medio de un Estado y de un gobierno policial y de control digital. Al final, nuestro tejido sociocultural terminará más dislocado y la relacionalidad constitutiva desvanecida, a menos que insistamos en afianzar creativamente mayores vínculos, sugerentes formas de organización y asociatividad, y sobre todo enfatizando en el acto de compartir y seguir juntándonos para el (re)diseño de las ideas y las acciones.

La actual coyuntura también ha permitido dar la razón a movimientos sociales, organizaciones y diversos actores políticos que desde hace varias décadas luchan contra el dismantelamiento de lo público por parte de gobiernos y regímenes neoliberales amigos de subastar el patrimonio estatal, privatizar los servicios de salud y educación, debilitar el apoyo a la investigación y en general, dar prioridad al mercado, al empresariado, y sus políticas de productividad y competitividad, en desmedro de la vida y de los bienes comunes. Producto de estas acciones gubernamentales es el débil, raquítico y anorético estado del sistema de salud, hoy incapaz de enfrentar eficientemente las consecuencias de la pandemia. Como ya es evidente en el mundo y en Colombia, no existen suficientes hospitales ni clínicas y las existentes no poseen tecnología apropiada, camas, ni respiradores y menos material de protección al personal médico y asistencial, si es que existe este personal y de manera suficiente. La privatización, la corrupción y la conversión de derechos en servicios, los cuales se prestan como en el caso de la salud en

Colombia por empresas de carácter privado (EPS, IPS), muestran la indolencia y el cinismo de estos gobiernos en su apuesta por dar un golpe mortal a los derechos y las posibilidades de dignificar la vida de la mayor parte de la población, esa que históricamente ha estado al margen del bienestar.

Decidir quién puede vivir y quién debe morir, ejercer gerontofobia y desechar población infectada mayor de 70 y 80 años, atender en entidades de salud pública a hombres y mujeres dependiendo de su esperanza de vida, constituye una especie de necropolítica ya común en la vida contemporánea y reposicionada en el horizonte de la pandemia. Entonces, la relación pandemia, gobiernos y enfermos termina siendo un asunto estrictamente necropolítico a menos que las políticas de aislamiento, contención y erradicación funcionen en medio de la incertidumbre y la incredulidad ciudadana. No obstante, la práctica necropolítica seguirá haciendo parte de las agendas gubernamentales y del corporativismo global.

La expansión mundial de la pandemia ha coincidido con una multiplicidad de luchas sociales contra este régimen neo/neoliberal, congelando de alguna manera un sinnúmero de reivindicaciones proclives al fortalecimiento del sector salud, educación e investigación. No obstante, estas agendas y agencias de distintos actores y en diferentes latitudes, deberán continuar agitándose con la esperanza de su consolidación, pues al final de esta crisis, también quedará clara la necesidad de ahondar estas luchas, justamente después de verificar las numerosas calamidades y dificultades generadas por estos gobiernos y sus políticas de expoliación y muerte.

El pánico se ha apoderado del sistema financiero global y de muchos gobiernos que en defensa del capital aplazan las medidas frente a la pandemia y exponen no solo a sus ciudadanos sino al mundo a una mayor profundización del contagio. La defensa de los mercados y la subvaloración de la vida va dejando clara la mezquindad y el cinismo de Estados y gobiernos hegemónicos en un acto de torpeza y ceguera muy cercano a la imbecilidad.

Sin embargo, en medio de esta inmensa tensión e incertidumbre, pero sobre todo doblegados por nuestra fragilidad, vamos descubriendo que la opulencia y hasta los lujos obscenos no tienen sentido y que contrariamente la apuesta debería concentrarse en una gran cruzada por recuperar la alegría de volver a vivir en lo básico. Sin duda y tal como lo

afirma el escritor colombiano William Ospina, “todo viene a recordarnos que podemos vivir sin aviones, pero no sin oxígeno. Que los que más trabajan por la vida y por el mundo no son los gobiernos, sino los árboles. Que la felicidad es la salud, como quería Schopenhauer. Que, como dijo un latino, la religión no es arrodillarse, rezar y suplicar, sino mirarlo todo con un alma tranquila. Que si los humanos trabajamos día y noche por enrarecer la vida, por intoxicar el aire, por arrinconar al resto de los vivientes, por alterar los ritmos de la naturaleza, por destruir su equilibrio, el mundo tiene un saber más antiguo, un sistema de climas que se complementan, de vientos que arrasan, de catástrofes compensatorias, de silencios forzosos, de quietudes obligatorias, ejércitos invisibles que trazan líneas rojas, neutralizan los daños, controlan los excesos, imponen la moderación y equilibran la tierra”.

En un mundo lleno de informales, marginales, destechados, desclasados y desesperanzados, no basta confinar sino compensar, pues la batalla también se desenvuelve entre los que se protegen y los que se deben exponer por necesidad y hambre. Hemos regresado a casa quienes tenemos tal posibilidad y cada día de encierro nos va dejando las más grandes y mejores lecciones. Por ejemplo, hemos verificado la inutilidad de muchas cosas, el valor de la familia como reserva y gran patrimonio, la solidaridad y el cariño de quienes nos acompañan, la generosidad de los más jodidos y la avaricia y el egoísmo de los poderosos, la alegría e inteligencia de nuestros niños, la maravilla de la comida en casa siempre cargada de cariño, el valor de la agricultura y la inutilidad de la minería, la pertinencia de una llamada y de un mensaje crudo pero esperanzador, las paradojas de un sistema que persigue y macartiza a quienes exigen mejores condiciones para el sistema de salud. Ellos son hoy aplaudidos y subidos a la condición de héroes, como siempre debiera ser. También vamos extrañando las buenas conversaciones, los abrazos y los afectos. Ya vamos distinguiendo lo que realmente era y es importante, así como el carácter accesorial de casi todo lo que hasta ayer era indispensable. Hemos constatado cómo en esta coyuntura los saberes no rentables son los más indispensables. Vamos desnudando igualmente la perversidad del sistema económico, la mezquindad del sector privado que hasta hoy solo muestra su irresponsabilidad social, la frivolidad del mundo del espectáculo y su inutilidad, el encierro también como negocio corporativo así como la torpeza de muchos gobernantes.

Entre miedos, peligros y amenazas nunca renunciamos a la posibilidad de volver a vernos, a mirarnos de cerca, a estrechar las manos y a abrazarnos, pero sobre todo a sentir la

maravilla de saber que no falta nadie o por lo menos que no faltan muchos. Al final de la tormenta, hombres y mujeres no podemos pasar por alto la necesidad de repensar la vida, la existencia humana y sobre todo a parar esta enorme devastación ecológica y social provocada por la avaricia, la ambición, la acumulación sin fin, y claro, la insolidaridad y la falta de generosidad. Todo podría cambiar para bien y para siempre. Por ahora, que la naturaleza siga respirando, sanando y dándonos lecciones para el presente/futuro.

Cajibío, Cauca, Colombia, marzo 26 de 2020.